

Esta introducción es absolutamente necesaria.

¿Por qué? Porque debe explicar la causa del libro que tiene el lector en sus manos. Los libros se suelen concebir, en general, con un propósito inicial. Pero este no es el caso. Este libro pertenece a ese orden en que los libros surgen por mera casualidad, algo completamente inopinado.

Me explico.

Conocí al señor Diego Vigil de Quiñones por razones estrictamente profesionales. Como suelo leer periódicos digitales, comprobé que su nombre se correspondía con un articulista asiduo de *OKdiario*. Al principio me limité a leer sus artículos. Pero en un momento, no sé por qué, siguiendo el impulso críptico que uno lleva dentro, le remití por WhatsApp algunos breves comentarios y reflexiones que me inducía algunos de sus artículos.

La verdad es que Diego reaccionó muy cortésmente y me alentó a seguir con esos comentarios que, finalmente, he denominado consideraciones. Consideraciones, sí, a sus artículos, en tanto que me inspiraban lo que me surgía como un torrente. Al final, como suele suceder, las consideraciones a sus artículos fueron creciendo de volumen y, no sabiendo qué hacer con ese material, se decidió convertirlo en un libro.

Al principio, el impulso inicial fue limitarme a contestar, a responder, a cifrar en paralelo su texto confrontado con el mío. No hubo ninguna pretensión futura para recoger esos textos, las consideraciones, y reunirlos en un volumen. Pero al final, tal vez por aquello de que hasta incluso la basura nos habla de las grandes civilizaciones (así los inmensos estercoleros de los campamentos romanos como fuente arqueológica de conocimiento en sus más nimios detalles), he considerado darles una oportunidad, en forma de libro, a las consideraciones.

Siempre, a lo largo de mi vida, me he opuesto tenazmente contra el orgullo del autor, su consideración como factor vicario esencial del pensamiento, de su propensión para creerse demiurgo de algo, en el fondo insustancial, y constituirse en el centro de los discursos.

El autor es nada. No es y ni siquiera puede ser reputado el elemento orgánico que justifica el logos. Es, si se quiere, un reflejo del logos que lo atraviesa en la inmensidad de los discursos expresados y en los mudos, aquellos que jamás encontrarán autor ni forma de expresión precisa y que yacen inefables en el silencio del tiempo.

El autor no habla por el logos; es el logos el que le habla, el que le susurra y el que, sin saberlo, le inspira y le impone sus límites, sus preferencias y hasta su momento final, donde sucumbe.

*—¿Qué quiere decir que cuando escribe no es usted quien ordena las palabras, quien impone la sintaxis y obliga a la significación?*

*—Lo único que le puedo decir es que cuando escribo se produce un momento mágico donde me limito a dejarme guiar. No soy muy consciente en qué o en cómo quedará el resultado final, desconozco cómo el texto que zurzo dará cuenta de lo que pretendía expresar. Existe, si quiere una expresión que pueda aproximarse, un desbordamiento. Nada más. Después me convierto en un ser vulgar, con una existencia errática y anodina.*

*»Quiero decir que el logos (utilizo ese extraordinario concepto de los primeros filósofos griegos por su capacidad de expresión) es el que impone la pauta y domina la situación. Existe como un segundo plano donde las ideas, sin ser indiferentes a la creatura, habitan su propio mundo y lo organizan al margen de cualquier pretensión humana.*

*»Es un universo inmenso, imposible para ser abarcado y para ser comprendido, que contiene sus propias reglas, sus ritos y sus requerimientos. La exasperación proviene de querer reducirlo, de pretender limitarlo, de intentar someterlo.*

¿Por qué explico esta variable introspectiva, insólita en una introducción? Porque en las consideraciones, sinceramente, no me era posible expresar con nitidez y claridad lo que formaba parte de mi preocupación y que, permanentemente, los artículos de Diego Vigil me incitaban e inspiraban: las nuevas formas de poder político, incluso la de una definición provisional pero suficiente del concepto de poder o, elevando la cuestión al mayor nivel de complejidad posible, del Estado y en qué o cómo influenciaba la pandemia en esas metamorfosis.

En las consideraciones, como en los artículos de Diego Vigil, se constata una tensión permanente por alcanzar una expresión precisa del poder (y, por extensión, del Estado). Diego era el aspecto práctico del asunto. En mi caso, mi modesta contribución ha podido limitarse a algo más teórico: en no aceptar ni los actuales términos ni las problemáticas del poder, ni sus explicaciones ni sus interpretaciones.

Estamos viviendo, seguramente, con una excepcionalidad nunca vista, un tránsito profundo y acelerado en el *modus vivendi* de la civilización occidental, propiciado por la implementación generalizada de la tecnología digital (a diferencia de la revolución que implicó la tecnología mecánica del siglo XVIII y que explotó en el XIX, que conformó la sociedad de consumo y el estado de bienestar del siglo XX, máximos logros de esos impactos tecnológicos en la existencia de nuestra civilización) y la cultura de la enfermedad.

Pero esas transmutaciones no son únicamente de forma o de esencia; son de Ser. Paradójicamente es el Ser el centro, pero también lo que está en cuestionamiento radical, aquello que debe ser exterminado para cierta práctica y saber operativo. No es posible definir qué vendrá cuando el tránsito del Ser haya concluido con su propia capacidad de eliminación. Es como si su ciclo estuviera presto a terminar y, desorientados, no supiéramos exactamente qué vendrá.

Pero el Ser es todo lo que somos, todo lo que hacemos y todo lo que sabemos. Expresiones del Ser es Dios (y los dioses), es el hombre (y los hombres), la vida (y las muertes), todos los conceptos elevados y los más infames e ínfimos, desde el sexo hasta la riqueza.

Este tránsito es brutal, porque el desenlace de la destrucción definitiva del Ser (de lo analógico si quieren) es producto del propio ser, de la razón y de la técnica que, como fuerzas indomables, parecen haberse liberado para ajustar las cuentas a la fase final del hombre (aún seguimos pensando y expresando en términos analógicos). O tal vez todo sea una paradoja, un juego, un capricho del Ser o que, simplemente agotado, quiere suicidarse para sacudir en profundidad el orgullo del hombre.

La tensión que se siente y se percibe entre un sujeto en declive y un objeto portentoso no es más que el síntoma de esa dramática situación que está avocada a consumarse más pronto que tarde. Por eso, en ese conflicto, en esa situación de tránsito, en ese drama extremo, no podemos reflexionar en términos que ya agonizan en los discursos descriptivos o cómplices.

Hay que revolverse contra toda situación de beneplácito para dejar constancia de que este tránsito, de lo analógico a lo digital, constituye la apuesta más trascendental de la especie humana. No se trata, evidentemente, de la próxima «extinción» de la especie en curso como nos relatan Chomsky o Naomi Klein, provocado por el calentamiento global, con la destrucción antropomórfica de la naturaleza. Eso son ideologías (mejor dicho, ficciones) que tratan de explicar el colapso en ciernes del orden analógico, pero que son incapaces de formular las causas y las determinaciones que nos lanzan y nos proyectan a un nuevo universo, donde se organizará la totalidad de la existencia bajo el imperio total de la información pura (en lo tecnológico con el algoritmo, y en la enfermedad con un tratamiento génico jamás concebido antes).

Más aún, el ecologismo, la naturaleza, el cambio climático, etcétera no son más que los justificadores, ideológicos y prácticos, del exterminio y los alentadores de las nuevas «formas» de la existencia (hasta el punto en que dejan de serlo).

El medio que coadyuva con llevarnos a una nueva orilla, descarnada e ignominiosa, parece que será la cultura de la enfermedad que nos viene impuesta desde todas la instancias públicas y privadas, cimentando una complicidad jamás vista ni imaginada. Motivo por el cual no hay, prácticamente, ámbito para la oposición. Todo ha sido copado por el relato oficial de una epidemia de diseño, concertada y convenida, propagada y modulada por la información y los medios de comunicación.

¿Qué es la cultura de la enfermedad? No es más que un medio, una vía de tránsito. Una enfermedad que no se limita al cuerpo, sino que abarca también al espíritu, a la razón y al pensamiento. Es la destrucción ejecutada de forma sistemática para erradicar el Ser y en lo que se concreta en cada uno de nosotros, en lo que tenga de

trascendente, de elevado y de sabiduría; en lo que tenga de indómito, de aventurero y de curioso; en todo aquello que disponga y derroche vitalidad y potencia.

La cultura de la enfermedad busca neutralizar todas las energías y concentrarlas y expresarlas mediante el mecanismo del miedo, en el pánico a la muerte y, de ahí, al sometimiento y a la obediencia más soez a favor de los metaestados e incardinar ese arrobamiento en sus planificaciones y en sus proyecciones futuras de sociedad «abierta», de sociedad «verde», de sociedad «del ocio», de sociedad «tecnológica», etcétera. Lo nuevos mitos que inspiran a los hijos de la oscuridad, esta hecatombe que está porvenir y que se reputa global.

Es toda esa tensión la que puede detectarse en las consideraciones que brotan al compás de los temas particulares que Diego Vigil acomete en sus artículos. Todo hay que decirlo: las consideraciones son fruto de respuestas concretas a temas concretos. Pero era preciso y necesario que todo el asunto del tránsito de una sociedad analógica a un nuevo orden digital tuviera una expresión específica, concreta y particular.

A veces la abstracción está bien para los grandes pensadores y para las apuestas de fondo, pero era preciso que se contrastaran los temas generales o de fondo con los temas de detalle que se difunden en una sociedad acomplexada y tutelada por la información y los medios de comunicación.

Aquí, en las consideraciones, han representado temas de especial preocupación y desarrollo varias cuestiones:

- El sistema de partidos políticos.
- La educación.
- El poder político y el entramado del Estado.
- Las ideologías.
- La pandemia.

Algunos temas se han tratado de forma persistente e, incluso, insistente, como el sistema de partidos políticos. Y otros temas han tenido menor atención (la familia, el sexo, etcétera). Los temas tratados son consecuencia de la coyuntura, pero también de las mutuas preocupaciones que nos asistían y del reto teórico para comprenderlas y, en un momento final, de superarlas.

En ese ámbito del sistema de partidos políticos, por ejemplo, se han analizado dos acontecimientos acaecidos durante 2021, como fueron las elecciones autonómicas en las Comunidades Autónomas de Cataluña (14-F) y las más recientes de Madrid (4-M). Las conclusiones, al menos en lo que a mí respecta, son que los resultados en uno y en otro lugar no cambian nada.

De ahí la prolongación de esa enfermedad colectiva de la mayoría minoricrática que representa la soberbia y el complejo de superioridad del etnicismo político de

Cataluña o, en el caso de Madrid, la enfermedad del juego de las disyunciones bipolares atávicas (comunismo contra libertad), que no tienen más finalidad que animar a la votación (y legitimar el sistema de partidos políticos preconstituido).

La educación es uno de los sistemas del nuevo orden donde los cambios más radicales pueden implementarse al estar inspirados por quienes, precisamente, más se oponen a su materialización.

En efecto, la educación puede ser completamente virtual en todas sus facetas y dimensiones y en todos los ámbitos (como ya se ha ensayado con éxito en la atención virtual personalizada en la práctica comercial). El problema radica en la pérdida de ventajas... para algunos de sus protagonistas. Cierta cultura política arcaica considera que la educación no es más que un vehículo excepcional para la trasmisión de los conocimientos (científicos y técnicos), pero también ideológicos (en sus distintas manifestaciones), elementos que conforman y determinan el Ser de cada individuo.

¿Por qué no avanza más un sistema educativo virtual cuando la infraestructura tecnológica y el moldeo cognitivo ya lo permite? Para quienes sostienen que ese es el objetivo «último», sin duda, lo quieren alcanzar, pero por fases de transición prolongadas en el tiempo y siempre manteniendo todas las estructuras burocráticas, de personal, de instituciones, de regulaciones, de contenidos, de tensiones, etc., sin perder un ápice su presencia de control, de dominio y de hegemonía en ese sistema (sin mencionar las subvenciones o el dinero público). Son, pues, quienes aspiran a las ideas de transformación quienes más se resisten a su ejecución. Es el privilegio de conversar lo inútil (la educación lo es, como otras muchas cosas) la razón sistemática de este aferrarse a la educación como derecho.

En cuanto al poder en general y al poder político en particular, se formulan una serie de propuestas teóricas o, si se quiere, de propuestas provisionales que pretenden escapar del discurso académico y oficial teniendo en cuenta dos aspectos que se introduce en la ecuación del poder: las dependencias tecnológicas y las subordinaciones de 'la' enfermedad. No sé si se logra, pero ahí están las propuestas. En cualquier caso, deben ser reputadas como apuntes iniciales sujetas a futuras indagaciones y modificaciones.

Por cierto, ¿por qué eso de la cultura de la enfermedad?

Serían completamente estériles todos mis esfuerzos si no tuviera la capacidad necesaria para señalar la hemorragia por donde se desangra a borbotones nuestra civilización. Eso es lo que representa el COVID-19, al margen de ser concebida como un virus de diseño o un virus real. No existen diferencias notables, porque lo virtual se ha apoderado de lo real.

No podemos entrar en el discurso banal de la naturaleza del virus: dónde brotó con el paciente 0, qué número de proteínas o moléculas definen sus genes, si una vacuna lo puede frenar (generando una inmunidad artificial), etcétera. ¡Qué importa!

El discurso epidemiológico está subordinado al discurso y al proyecto político de quienes proclaman el advenimiento de la sexta extinción geológica de la vida en la Tierra. Y del mismo modo que en el discurso marxista el feudalismo era exterminado por una burguesía triunfante, ese mismo cometido de exterminio global, *mutatus mutandi*, lo representa un virus virtual convertido en un mito de la información pura que permite el avance acelerado hacia nuevas formas de poder de la civilización.

No dejará de sorprendernos la extraordinaria capacidad de la que está dotado un virus imaginario para reorganizar la vida de la sociedad entera, en todas sus dimensiones, trastornando los términos de las dualidades que han operado como cimiento de nuestros sistemas imaginarios más sólidos. Resulta espectacular contemplar ese vaciamiento que se produce de los grandes conceptos y la propensión radical hacia su contrario desbocado y operando sin límites: la disolución de la familia en un sexo a-reproductivo; la destrucción de trabajo por un capital autosuficiente y automatizado; el agotamiento de una educación por un algoritmo sintético que sustituye todo pensamiento, todo proceso intelectual, toda capacidad de cognición; la destrucción de la política de los contrarios hacia una homogeneidad artificial del consenso y de la conformidad; etcétera.

Y en todo este proceso lo importante no son las vacunas. ¿Qué son las vacunas? La manifestación de lo que opera como principio en todos los procesos de sustitución: la sustitución de lo natural por lo artificial, es decir, de la inmunidad natural por la artificial —cuya dramática solución y resultado veremos en los próximos meses—, del mismo modo que se produce en el resto de los ámbitos.

Esa es la clave de bóveda que casi nadie admite ni nadie reconoce como resultado de todo este pandemio imaginario que un virus virtual ha acelerado a la velocidad de la luz: el proceso gigantesco de sustitución —o de desplazamiento— que estamos viviendo de todo lo que está regido por el principio natural por su sucedáneo sintético, lo puro artificial: sexo artificial, comida artificial, ocio artificial, dinero artificial, trabajo artificial, relaciones personales artificiales, cultura artificial, dioses artificiales, sueños artificiales... Un proceso que solo puede haberse generalizado por la expansión global de la infraestructura en red y porque se fundamenta en la tecnología de la información pura, que permite que prosperen todos esos desencadenamientos generalizados pese a las ridículas resistencias de sus destinatarios.

¿Qué hacen sus destinatarios?

Si son analógicos auténticos, todos ellos están desconcertados y no entienden nada. Ya no saben qué hacer en un mundo extraño y se angustian. He visto con mis ojos situaciones dramáticas; serán los primeros en caer.

Si son analógicos de última generación, aún piensan que podrán dominar la situación. No comprenden lo que está ocurriendo. Todas las adversidades las imputan a una situación coyuntural (la pandemia global provocada por un virus) y a cuyo argumentario (versión oficial) se aferran desesperadamente porque, de otra forma, se volverían locos —¿cómo es posible siquiera pensar que sus gobernantes busquen su exterminación y convertirlos en seres subsidiados y dependientes en todas las esferas de la existencia?—. La vida ha pasado por ellos y, desgraciadamente, esperan insomnes a la muerte, que afila la guadaña mientras apuran el último cigarrillo. Serán los segundos en caer.

Y si son los nuevos protodigitales, pues, bueno, no hay problema. Hace tiempo que han perdido toda esperanza y carecen de voluntad, de pretensiones, de sueños, de proyectos... Todo lo que necesitan se lo proporcionan los algoritmos actuales que les reconfortan en sus miserias y los convierten en las nuevas prolongaciones vivas de las tecnologías digitales (un universo artificial y una cognición virtual de la que se limitan, estéticamente, en formar y ser parte).

Esos elementos ya están en otra dimensión y serán carne de cañón de los actuales y futuros diseños experimentales en curso, ya sea en materia de salud, de subsidio, de entretenimiento, de migración, de sexo (y reproducción), de comportamiento gregario —ya sea en materia de organización personal o colectiva—, de reutilización orgánica, de residuo o de eliminación eugenésica por ser defectuosos (tanto en lo genético como en lo extragenético)... Todo ello en línea acompasada con la política y la filosofía del cambio climático, la ecología excluyente y la tecnologización generalizada, absoluta.

Tampoco hay que descartar futuros y previsibles sistemas de alarma globales o pandémicos. Lo importante es la enseñanza que nos ha proporcionado la mistificación del mito del virus: una nueva era de sujeción a un imaginario global y total, antes completamente desconocido, y que tiene por vocación estratégica exterminar al sujeto.

Si algo le he objetado a Diego a través de mis consideraciones —que me perdone mi engreimiento— ha sido que detrás de la derecha, de la izquierda y del centro equidistante no hay más que una mitología política decadente. Hablar en esos términos políticos impide señalar las cuestiones esenciales a la población y, por tanto, delimitar las posibles líneas trascendentales de resistencia y de oposición que, tal vez,

puedan todavía proporcionar alguna salida a este drama global que parece irresistible.

Izquierda, derecha y centro... Ese sintagma político, sin duda, representa la vieja política, aquella que piensa absorta en un sistema democrático representativo abstracto y puro, cuyo sujeto, el hombre, con su soberanía infinita, dispone de capacidad (el voto) «libre» para determinar la estrategia, el diseño y el proceso y el curso de la sociedad (lo que es extensible al mito de la soberanía del sujeto para «organizar su propia existencia»).

La vieja política es un cliché, un mito o, lo que es peor, una forma de envenenarse. O, si no le gusta, un imaginario falso que propende al suicidio personal y colectivo momento en el cual, la política, se rige por el principio de la ficción virtual.

¿Y la nueva política? Es aquella que sostiene, más allá del sistema de los partidos políticos actuales, que debemos mirar hacia otro lugar más allá de la hipótesis (de la añagaza) de la representación, más allá de la «libertad» personal o colectiva, más allá de su propio envoltorio (la historia, los colores, las ideologías que regurgitan), más allá de la política. Luego ya no es política.

He aquí una hipótesis fuerte: la vieja política se elimina absolutamente eliminando absolutamente todos los medios de comunicación.

De lo que se deduce que la intimidad de ambos fenómenos no es ninguna casualidad o que, en efecto, la vieja política (incluso la misma política) hace tiempo que está muerta definitivamente y que asistimos a su *revival* actualizado a través de los medios de comunicación de masas concertados. Es como si la máquina de producción de ilusión y de imaginación mediática hubiera tomado el relevo entero del espacio de la vieja política: el medio ha absorbido el mensaje (el contenido, como siempre, es lo de menos).

La nueva política no propone organizar la sociedad, lo que resulta ya imposible, sino simplemente negarse a ser parte de un proyecto digital de la existencia para el que no has sido consultado (ni, objetivamente, te puede ser consultado). La nueva política, en el plano teórico, es comprender cómo el impacto de las formas de información pura (el algoritmo y la genética) modelan el espacio, el diseño del poder (político) y del ejercicio de la política y, por ende, del Estado.

Ante situaciones radicalmente distintas no nos está permitido pensar con las mismas categorías antediluvianas (metódicas, conceptuales, hipótesis, etcétera) que ni siquiera han proporcionado luz definitiva en los conflictos analógicos. Por ejemplo, la categoría '*luchas de clases sociales*' no puede ser reemplazada por la de '*luchas entre vacunados y no vacunados*'. Ahí hay un desplazamiento radical, mejor un desmoronamiento absoluto, del edificio conceptual que antes justificaba la existencia de las organizaciones (nacionales e internacionales) de los trabajadores para revolucionar las relaciones sociales de producción.

Este libro, en resumidas cuentas, no pretende hablar de acontecimientos del pasado. No está plegado a los temas y a las problemáticas arqueológicas ni a las historias menudas. Habla del futuro, de lo que ha de advenir por la fuerza de las energías desplegadas por el universo digital y por el destello de los acontecimientos suscitados por la declaración mundial de una pandemia vírica.

Es este último acontecimiento el que impone un corte temporal al nuevo diseño de la política y de la teoría que debe dar cuenta de ella. Antes de marzo de 2020 y después.

Todo lo que discurre desde marzo de 2020 es el inmenso despliegue del diseño estructural de una nueva forma incipiente de ejercicio y de concepción del poder y de la práctica política (como ficción virtual). Como en tantos otros ámbitos, innumerables de la existencia que están huérfanos de análisis.

Hasta marzo de 2020 los acontecimientos todavía podían someterse a la explicación de los saberes constituidos (política, sociológica, económica, cultural, historia, etcétera). Pero desde ese instante disruptivo todo se ha vuelto vírico, desbordado, desestructurado. Ahora ya no resulta posible explicar, como sucedió exactamente hasta antes justo del despliegue de lo digital, la avalancha de los acontecimientos víricos porque, sencillamente, ya no son susceptibles de ser sometidos fácilmente al dominio de los modelos, de los métodos y de los conocimientos analógicos ordinarios.

Por eso, este libro, se limita a explorar en sus manifestaciones primarias el dominio generado por la conjunción de lo vírico y lo digital en todas las esferas analizadas.

Estamos viendo, absortos, cómo la metamorfosis de las estructuras y de las formas paren situaciones nuevas, acontecimientos inéditos y la ejecución de una acción política completamente novedosa donde las personas, las comunidades y los pueblos se han convertido, finalmente, en poblaciones y, por tanto, en un nuevo recurso biótico para el orden digital y viral.

Estamos siendo testigos directos de cómo el engaño y la manipulación o de cómo la supuesta inmoralidad de los medios de comunicación y de información ya no resultan esquemas operativos suficientes y eficaces para explicar la dócil aceptación por las poblaciones de las nuevas formas en que se expresan los condensados de los poderes y de las informaciones que circulan en red. Ya no estamos ni al inicio ni al final de la era de las ideologías, sino mucho más allá de una supuesta trama ideológica global bien hurdida: en un nuevo espacio cibernético, psíquico y cognitivo, de flujos de información fundamentados en los circuitos integrados donde se erigen las «ficciones virtuales», que tienen la poderosa capacidad técnica de neutralizar toda resistencia del sujeto.

Estamos asistiendo a cómo el mundo que muchos habíamos conocido seguro, previsible y confortable entra en trance de desaparición, tornándose imposibles las perspectivas para el futuro. Ya empezamos a entendernos, a comunicarnos, a trazar las líneas de nuestra existencia con máquinas, sus aplicaciones y sus entornos. Y todo eso, la virtualidad, la cultura de la enfermedad y la automatización (y la robotización final), devienen en irreversibles.

Este libro, desde su apasionada situación de incertidumbre, pretende limitarse a auscultar todo ese rosario de situaciones intentando alcanzar la suficiente altura y perspectiva para explicar y explicarnos. Tal vez sea demasiado pronto para lanzar hipótesis, pero estamos obligados a hacerlo: avanzar y anticipar. Tal vez las búsquedas resulten estériles y que al final todo nuestro esfuerzo no sirva para nada y nos conduzca a la impotencia teórica. Siempre hay tiempo para retroceder si es para avanzar más rápido.

Por lo expuesto, nadie está en condiciones de poder exigir a este libro que sea estructurado, que disponga desde el principio de hipótesis claras, que no incurra en contradicciones o que ofrezca en todo momento con perfecta lucidez y delimitación su objeto de análisis. Tampoco, nadie, puede exigir a este libro que se anticipe a su propio tiempo.

¿Por qué? Porque este libro es fiel trasunto de su referente, pues trata de seguir sus movimientos dinámicos, vivos, huidizos, arbitrarios, confusos, inciertos... sin poder ofrecer otra cosa que la propia certeza de intentar abordarlo. Tal vez estemos condenados al fracaso y solo nos corresponda formular los acontecimientos digitales y víricos en ese tono de precariedad y provisionalidad con que se dejan narrar en el relato, en el momento en que se narran, y que nos atraviesa de parte a parte para esconderse después.

En ese esfuerzo estamos y parece que lo es de toda una vida. Pero me objetarán: «Muy bien, muy loable, pero, como usted mismo sostiene, morirá igualmente».

Sin duda. Pero ¿alguien aspira a ser eterno?

*–Me parece muy bien. Pero, sin caer en la verborrea de aquellos a quienes critica tal ferozmente, ¿me podría concretar algún aspecto de la nueva política que usted predica?*

*–Pues, la verdad, no.*

*»¿Le parece poco que lo haga en términos negativos, de aquello que no es, de lo que no puede ser la nueva política? No soy ningún taumaturgo.*

*»Me imagino que usted, como otros muchos, quiere ser oveja y no pastor. No me exija aquello que usted no quiere asumir como oveja, porque ha renunciado a ser pastor. Cumplo con decirle en su cara: cambie y cambie pronto y radicalmente, porque, desgraciadamente, ya no tenemos tiempo.*

¿Qué hay después de la destrucción del Ser? Nuestra ignorancia es infinita y por mucho que pretendamos sobornar nuestras ansias de conocer o al mismísimo logos, ciertamente, no podemos decir qué hay o qué habrá después del derrumbe del Ser sin que nos tengamos que limitar a encogernos de hombros y postrarnos ante la ignorancia absoluta.

No lo sabemos.

¡Qué importa!

Ese desconocimiento no nos puede impedir seguir viviendo con intensidad, sin complejos... hasta el infinito.

PD: No puedo ser desagradecido. Millones infinitas de gracias a mi apreciado articulista —y espero que amigo de aventuras del conocimiento— Diego Vigil de Quiñones Otero por su inspiración, por su consideración personal y por su vitalidad incuestionable.